

Un ejemplo de latín cristiano en la Europa protestante: Juan Amós Comenio

Habitualmente, cuando hablamos de latín cristiano es para referirnos a los autores de la primitiva cristiandad y a los de la Alta Edad Media. No es frecuente entrar en consideraciones de esta índole al estudiar el Renacimiento, ni mucho menos entrada ya la Edad Moderna.

Sin embargo, aun evidenciando que, desde el punto de vista estrictamente lingüístico, el interés primordial para un filólogo reside en los autores de los primeros siglos del cristianismo, no podemos olvidar que el latín cristiano llega hasta nuestros días. Y que es precisamente el cristianismo el que más ha contribuido a que el latín continuara presente, a lo largo de los siglos, en el ámbito de la cultura.

Tal y como se ha mencionado ya en este Simposio, en concreto en la sesión inaugural de ayer, el amor al latín está en manos de quienes, como nosotros, dedican su esfuerzo a enseñarlo, que es tanto como decir aprender a quererlo.

Por eso, quiero someter hoy a su consideración la figura de un infatigable pedagogo del latín: Juan Amós Comenio. No se trata de un autor del primitivo cristianismo, sino del siglo XVII. Tampoco es católico. Los condicionamientos familiares y de formación le sitúan dentro de una secta protestante, por más que muchos de sus escritos pastorales pudiéramos suscribirlos los católicos. Pero, como también se ha dicho aquí, no hemos de encerrar el concepto de latín cristiano en unas estrechas coordenadas de tiempo y moldes prefijados. La diversidad, también en este ámbito, será enriquecedora.

Cuando el siglo XVI presenció el cisma protestante, hacía ya tiempo que el latín se hallaba reducido al ámbito

de la cultura y de la liturgia. Sin embargo, dentro del mundo protestante también surgieron defensores entusiastas que pugnaron por devolver a la lengua latina un puesto que parecía próximo a perderse. El auge de los nacionalismos europeos en el siglo XVII, no presagiaba ciertamente que estos esfuerzos se tradujeran en algo concreto.

Pero es precisamente en este siglo cuando surge la figura a la que me referiré.

Juan Amós Comenio nació en la Moravia checa en 1592. Pertenecía a la secta protestante, inspirada en la doctrina de Juan Hus, llamada «Unidad de los Hermanos Moravos». A ella dedicó su vida Comenio, primero como sacerdote, y posteriormente como obispo. A su afán evangelizador se unía un gran deseo de entendimiento universal, de paz, de cultura, de armonía entre los hombres. Todas estas constantes se hallan inseparablemente unidas a lo largo de su extensísima obra escrita, fundamentalmente, en latín.

Por parte de los escasos filólogos que se han ocupado de estudiar, siquiera someramente sus escritos, se le ha recriminado su dominio más teórico que práctico de la lengua latina. No fue, evidentemente, un estilista. Su interés era fundamentalmente otro. Pero nunca dejó de lado la composición, incluso en verso. Prueba de ello es un poema, escrito por Comenio en 1639, a la muerte de un antiguo discípulo suyo, compuesto por treinta y seis hexámetros dactílicos, que demuestran un dominio más que aceptable de los recursos métricos y prosódicos de la versificación latina.

Dejando a un lado las obras estrictamente filosóficas y sus predicaciones, creo que puede ser de interés dar a conocer el esfuerzo de Comenio por la difusión del latín, que le llevó a elaborar todo un método de aprendizaje, que utilizó media Europa durante largo tiempo, por más que su repercusión en España sea tardía y muy escasa.

Uno de sus primeros libros, la *Didactica Magna* —trato pedagógico y de organización escolar de gran interés—, contiene ya un esbozo de la escuela latina, que irá desarrollando paulatinamente a lo largo de varios años, y corrigiéndolo constantemente mediante sucesivas revisiones y ampliaciones.

El método de aprendizaje del latín lo estructuró Come-

nio en base a tres etapas. A cada una de ellas dedicó un libro, de tal forma que la dificultad fuera escalonándose gradualmente.

El primer paso venía representado por el *Vestibulum ianuae reseratae*, de 1633, un método de lectura con 427 frases, que compendaban los conocimientos de la naturaleza, expresados mediante mil palabras. Pretende estudiar el fundamento de las cosas, y ser el primer libro en el que los pequeños comiencen a familiarizarse, tanto con el mundo que les rodea, como con la lengua. Las frases son breves, y de estructura muy sencilla. Ese mundo que rodea al niño, y que constituye la base motivadora del libro es, fundamentalmente, el de la escuela, la casa y la ciudad. Se completa la obrita, hasta el total de siete capítulos, con otros dedicados a las acciones y cualidades de las cosas, a sus accidentes y circunstancias, para acabar con uno dedicado a las virtudes, colofón que Comenio nunca olvida en sus escritos: acabar con alguna consideración de carácter espiritual, que mueva a sus pequeños lectores a no olvidar cuál es su verdadero fin.

El segundo estadio del aprendizaje del latín se apoyaba en la *Ianua Linguarum Reserata*, libro escrito en 1631, anterior por tanto al *Vestibulum*, y que constituyó en su momento algo totalmente nuevo. Contiene mil frases ordenadas en cien capítulos, con un total de ocho mil palabras. Las frases son de una dificultad gradual, hasta llegar a constituir una ilustración suficiente de las reglas sintácticas lógicas del latín. Porque el objetivo de este curso se concretaba en leer, hablar y escribir la lengua sobre la base de sus estructuras regulares.

A este respecto, y aunque sea a costa de hacer un paréntesis en la exposición de su método para la escuela latina, merece la pena pararnos a considerar algunas tesis de Comenio referentes al significado de la lengua. Tesis, por otro lado, discutibles y discutidas por bastantes autores.

Comenio era consciente de que su deseo de lograr un camino abierto para la enseñanza de todo lo necesario, a todos los hombres —amplia aspiración que se puede rastrear por toda su obra—, no sería posible sin antes resolver el problema del significado de la lengua. Le parecía inconce-

bible que el lenguaje, creación racional del hombre, fuera un conjunto tremendamente irregular y arbitrario. De ahí concluía que debía haber existido un estadio original regular y racional, que dio paso posteriormente a una notable corrupción. Era, por tanto, posible regresar a la situación primera mediante la oportuna reforma. Los esfuerzos de Comenio en el campo de la enseñanza de las lenguas, se dirigieron casi exclusivamente a esta tarea.

Esta «restauración» del significado pasaría, según él, por el establecimiento de una completa nomenclatura de las cosas, basada en el principio fundamental de relacionar estrechamente nombres y cosas, lengua y naturaleza.

Se han hecho diversas críticas a esta teoría comeniana, en el sentido de considerarla optimista en exceso. Por un lado, la sobrevaloración que hace de la observación sensorial, sobre todo la que procede de la vista. En segundo lugar, la gran importancia que otorga a la racionalidad del hombre a la hora de establecer las reglas del lenguaje, cuando el resultado evidente es que la lengua latina contiene numerosas irregularidades, no estrictamente ocasionales. Y, por último, la importancia excesiva que da a la palabra, frente al concepto de frase.

Contrasta, en definitiva, Comenio con la lingüística moderna. Esta afirma que la lengua es un sistema de símbolos arbitrarios, mientras que nuestro autor pugna por atribuir unívocamente a cada cosa una palabra. Sin embargo, estas objeciones no cabe hacerlas únicamente a Comenio. La idea de la perfecta conexión entre palabras y cosas, la encontramos ya en el *Cratylus* de Platón. Y la de construir una lengua lógicamente perfecta es un anhelo presente en muchos filósofos del siglo XVII, como Descartes y Bacon.

Hechas estas consideraciones, que pueden ayudarnos a comprender mejor el intento de Comenio, volvamos a la *Ianua*. El procedimiento que se ofrece al alumno para su avance en el estudio consiste en leer cada capítulo diez veces.

En la primera lectura se trata de traducir el texto a la lengua vernácula. Luego se escribe de nuevo el texto latino y el vernáculo. En la tercera, el profesor lee el texto latino en voz alta, y los alumnos lo traducen sin tener a la vista el origi-

nal. La cuarta lectura sirve para anotar las reglas gramaticales presentes en el capítulo. En una quinta lectura se observa el significado exacto de cada palabra. Luego, a la vista de esto, se establecen sinónimos. En la séptima se estudia a fondo la aplicación de las reglas gramaticales. La octava lectura ha de ser repetitiva para aprenderse el texto de memoria. Posteriormente se hace un análisis lógico del tema sobre el que versa el capítulo, para terminar con una demostración práctica del aprendizaje logrado a base, con frecuencia, de desafíos entre los alumnos, consistentes en repetir trozos enteros.

El contenido es una ampliación de lo presentado en el *Vestibulum*. Comenio pasa revista a las ciencias y a las artes, sin olvidar el fundamento sobrenatural de ese mundo natural. Aparece de nuevo una constante de unidad en su obra: todo es un instrumento que ha de llevar al hombre al conocimiento de la verdadera Sabiduría, la que le proporcionará la auténtica Felicidad. Late en toda su obra lo que podríamos llamar una constante unidad de vida. Y el latín es un elemento que ayuda a mantener la cohesión de esa unidad.

La difusión de la *Ianua* fue prodigiosa, sobre todo en Europa central. Se tradujo a varias lenguas, conservando siempre el original latino, de tal forma que se convirtió en el cuaderno bilingüe de lectura más usado en las escuelas de la época por muchos años.

Como dato ilustrativo de la escasa difusión que, no obstante, tuvo en nuestro país, citaré que la única edición del texto latino de la *Ianua*, impresa en España, procede de 1819, y se imprimió en Valencia, en cuya Universidad se conserva. Formaba parte de un método práctico para la enseñanza del latín, publicado por el presbítero Joaquín Sanchís y Albella, que copió íntegramente el texto comeniano, de una edición hecha en Génova en 1633, según afirma el propio autor en el prólogo.

El paso siguiente en el método comeniano de las lenguas era el *Atrium rerum et linguarum ornamenta exhibens*, escrito en 1651, aunque la edición conservada es la que se contiene en *Opera Didactica Omnia*, aparecida en Amsterdam en 1657. El *Atrium* se concibe como la introducción al arte de la retórica.

La estructura de este libro es similar a la de los dos anteriores, si bien se observan frases ampliadas respecto a lo que aparece en la *Ianua*, y también una simplificación de la gramática.

A estos tres cursos se añadía un cuarto, cuyo libro base era el *Thesaurus*, que Comenio nunca llegó a completar, que contenía una antología de textos de autores clásicos latinos.

Los criterios establecidos a lo largo de estas obras llevaron a Comenio a sistematizar toda su doctrina en un «corpus» didáctico pormenorizado, referente al estudio de las lenguas, y más concretamente, del latín. Así surgió su obra *Novissima Linguarum Methodus*, publicada en 1648, tras seis años de preparación. La mayor parte del libro está dedicada a exponer las bases filosóficas del método lingüístico, y a comentar los puntos de vista al respecto, de múltiples autores renacentistas, cuyas obras había trabajado concienzudamente Comenio.

Critica los procedimientos pedagógicos empleados hasta entonces en la enseñanza del latín (aprendizaje abstracto, falta de gradación, autores poco adecuados para la traducción...), y habla de los intentos conocidos por él acerca de la reforma pedagógica.

Una de estas corrientes reformadoras era la que tiene su origen en Lubino, que pretendía desterrar los preceptos oscuros y confusos, idea que, como ya sabemos, era especialmente grata a Comenio. También llegó a insinuar Lubino la creación de una comunidad donde todos usasen exclusivamente la lengua latina. Esta idea también la recogió Comenio en su breve obra *Latium redivivum*, que escribió en Amsterdam, ampliándola a toda la organización de esta utópica comunidad, regida de acuerdo con las instituciones tradicionales del mundo romano clásico.

Pero la idea que Comenio recogió directamente de Lubino, y que resultó más fructífera, fue la de elaborar un libro que, al modo de la *Ianua*, contuviera un elenco de palabras y frases latinas, relacionadas con las cosas sensibles, pero con ilustraciones. Comenio emprendió esta tarea verdaderamente ilusionado. La obra la tenía ya acabada en el año 1654, pero no encontró un grabador adecuado para realizar un trabajo tan minucioso como el autor quería. Cuatro

años después, en 1658, y en Nürenberg, vio la luz por vez primera el *Orbis Sensualium Pictus*, que pasa por ser la primera enciclopedia visual de la historia de la pedagogía.

La obra es un verdadero prodigio de la intuición pedagógica de Comenio. Tras una «invitatio», a modo de prólogo al lector, viene una parte introductoria compuesta por el «alphabetum vivum et vocale», donde cada letra viene acompañada de un sonido producido por algún animal o por el hombre, junto a un pequeño dibujo. Por ejemplo, para la letra «B» se dibuja una oveja; al lado, en latín (y en otras lenguas también, según la edición), figura la siguiente leyenda: «Ovis f: = balat... bé é é...B b».

Siguen luego ciento cincuenta y un capítulos, referentes a la naturaleza, la actividad humana de todo tipo y aspectos concernientes a la vida religiosa. El último capítulo lo dedica, significativamente, al «iudicium extremum». Cierra el libro una «clausula», a modo de epílogo.

El desarrollo de cada capítulo sigue un esquema preestablecido; veamos, por ejemplo, cómo se desarrolla el capítulo 97, dedicado a la escuela:

Tras el título (*Schola*), en todos los idiomas en que está escrito el libro, todo el texto es igualmente bilingüe, trilingüe o cuadrilingüe, según las ediciones. Junto al título hay un dibujo que representa una escena de la escuela, donde los principales elementos están numerados. Y en el texto, como veremos a continuación, un número arábigo, junto a una palabra, remite al dibujo, mientras que también se citan las declinaciones y el género de los sustantivos que aparecen por vez primera en el texto. Dice el comienzo de este capítulo: «Schola 1 F. I. est officina, f. I. in qua novelli animi ad virtutem formantur; 1. distinguitur in classes. Praeceptor, 2. m. III. sedet in cathedra 3; discipuli, 4 in subselliis 5; ille docet; hi discut».

En realidad, se trata de una ampliación de la *Ianua*, donde las ilustraciones juegan el importante papel de conducir al alumno más fácilmente al conocimiento de las cosas y de las palabras que las designan. Todo ello en un lenguaje que emplea construcciones sintácticas muy sencillas, y que va acumulando progresivamente léxico y dificultades gramaticales.

La difusión del *Orbis* fue también espectacular. Sin embargo, en España jamás llegó a hacerse ninguna edición de esta obra. De hecho, si exceptuamos la *Ianua* impresa en Valencia en el siglo XIX, y que ya hemos citado antes, tan sólo se ha editado en España una traducción de la *Didactica Magna* (dos ediciones en España —1922 y 1971— y una en México —1982—). Existe también una traducción de la *Ianua* publicada por la *Revue Hispanique*, en el vol. 35, del año 1915. Y un texto bilingüe (latín-castellano), también de la *Ianua*, editado en Caracas en 1840, aunque sin citar el título original.

Es, sin duda, un pobre balance, acorde con el escaso conocimiento que, aún hoy, se tiene de Comenio en nuestro país.

LUIS INCLAN GARCIA-ROBES